

Crónica transfronteriza

# México-Belice:

DENUESTROPOZO 



# la diversidad de sus meandros

Martha García Ortega

Nadie sabe si para bien o para mal, pero el límite entre México y Belice ha permanecido alejado de los grandes titulares de la prensa nacional, las estadísticas de relumbro y las imágenes clásicas de frontera. Poco o nada se menciona sobre esta parte del país donde el aire, en realidad, da vuelta. Su “escasa representación” numérica carece de importancia frente a las cifras elevadas de cruces y migrantes internacionales, intercambios comerciales y del trasiego de diversos objetos y personas reportadas para otras latitudes, mas tiene lo suyo: de ningún modo se trata de una frontera de baja intensidad.

Un dato pone el acento sobre cualquier duda, la presencia de la Marina desde hace un año en sus puntos recónditos revela la atención sobre la *vox populi* en torno al tráfico de personas, drogas y armas. Esto se ha publicado, cierto. Nadie comenta ni precisa, tampoco se pregunta... Fin de la conversación. Aquí se vive día a día una dinámica transfronteriza a la altura de los iconos de la globalización (igual se ignora si para bien o para mal). Escenarios de mestizaje y criollismos varios, composiciones de trozos de relatos de *matris* chicas, de varios lugares del pasado agitado, del presente diverso, del futuro complejo del mundo.

Son abundantes los signos emergentes donde la contemporaneidad arraiga en la frontera México-Belice, una zona producto de colonizaciones masivas de apenas hace medio siglo, centrada en las

mezclas extremas más que en el origen y la autenticidad. Con esos referentes, la experiencia de las identidades se vive al límite. Otros marcadores emergentes están a tono con el mundo actual. Aunque algunos pobladores lo cuestionen, porque “faltan creencias en la gente”, la aplastante fragmentación religiosa presume un supermercado para una fe a gusto: adventistas, pentecosteses, presbiterianos, testigos de Jehová, mormones... Hay más templos que escuelas. Es tierra de renovación, tierra de convertidos.

## Lo nuevo, lo viejo y lo mezclado

El sur de la frontera, apenas resguardada por las instancias migratorias, tiene su sello en la composición plural, diversa, segmentada, de su población producto de desencuentros históricos todavía latentes en la memoria social. Desde esta coordenada se proyectan prácticas culturales trasplantadas, como aquella danza bailada entre mayas: “Cabeza de cochino”, aletargada del lado mexicano pero viva en Belice por mera fuerza de la costumbre de los de allá que alguna vez fueron de acá.

A su modo, la gente entiende la tradición en sus idiomas criollos, su inglés, español o maya singular. Los léxicos y códigos en *espanGLISH* son inexistentes. La influencia mediática se asienta en el sur con embajadores emblemáticos: *Los tigres del norte* a todo volumen en camiones por las brechas de los laberintos verdes de la selva. De uno y otro lado, los

márgenes de esta frontera dividida por el río Hondo se pueblan por una treintena de localidades pobres. La excepción: los menonitas y sus grandes proles. Apenas unas cuantas comunidades están cara a cara: San Francisco Botes-Santa Cruz, La Unión-Blue Creek. En Santa Cruz se degusta comida criolla en el restaurante *Riverside*, perteneciente a un grupo de mujeres cooperativistas, lo mismo sirven *chilmole* que *rice and beans*.

## A orillas del río Hondo...

Aun cuando la división natural del río Hondo cuenta con meandros poco profundos y estrechos –menores a 15 metros de ancho–, es raro ver gente nadando para cruzar; los cocodrilos habitantes de esta zona tropical salen de noche. Las distancias para atravesar la frontera varían: en Santa Cruz el paso es largo y bastan 10 minutos por una entrada de canal artificial cada vez más sucio y mauloliente; para Blue Creek son cinco minutos reloj en mano. Aquí se “lanchea” a remo o motor. A la vez, los carontes hacen mandados, llevan y traen pasajeros con mil cargas (seis pesos por persona, un dólar beliceño). Los visitantes literalmente navegan para comprar alimentos básicos convertidos en mercancías de lujo, blanco del decomiso de “la *custom*”. “Tráfico”, “contrabando”, son términos fuera de proporción para productos de primera necesidad.

En el espacio fronterizo beliceño cuelgan letreros sobre lo prohibido. En Blue

Los visitantes literalmente navegan para comprar alimentos básicos convertidos en mercancías de lujo, blanco del decomiso de “la *custom*”. “Tráfico”, “contrabando”, son términos fuera de proporción para productos de primera necesidad.

Creek la advertencia reza: “Mercancías que requieren licencia antes de importación”. La lista es medio larga: arroz, huevo, frijoles, harina, blanqueador, frutas y verduras, comida para animales, combustible, gasolina, cacahuates, papel higiénico, jabón... Y claro, cerveza. Por eso en los márgenes del río Hondo se amontona la basura de comida chatarra: bolsas de frituras, botellas, cartones, huacales y unicef. Las familias-consumidoras apuestan al aburrimiento de “la *custom*” para retornar a su país; estos agentes recuerdan las no tan célebres estampas

de la judicial mexicana: autos levantando polvo, rechinando llantas, vidrios polarizados... agazapados en la oscuridad, esperando el botín. Para evitar el hurto, los compradores han tendido una red de alerta a pulmón y celulares: “¡cooostuuuummm!, ¡cooostuuuummm!”. Ése es el grito más famoso en esta selva.

Una de las mercancías más codiciadas es la cerveza: “también de primera necesidad... oiga, pus hace reteharto calor”. Por esas urgencias llegan hasta la frontera desde Blue Creek, Santa Cruz, San Antonio, San Román, San Víctor... y

algunos sedientos llegados de Chetumal... a comprar, beber y comer. La fiesta reventada cada fin de semana en las tiendas de abarrotes que no se llaman “Oasis”, pero lo son literalmente (un contrasentido entre tanta agua y humedad). El alcoholímetro no es regla de tránsito peatonal en la aduana.

### Empleos de azúcar

Aquí llegan las nuevas modas menonitas en apariencia desapegadas del patrón: muchachos sin overoles ni sombreros, cargando bolsas de “six” lejos del patriarcado. Mientras, las jóvenes estrenan más seguido su pelo recién pintado de negro-negro, pantalones cortos, lentes oscuros. Otros engrosan la interculturalidad en las cascaritas de voleibol, y los más exage-



MARTHA GARCÍA

Servicio de comida para los trabajadores agrícolas en los cañales.

En ambos lados hay caña y otros cultivos. La gente se ocupa a toda hora, y nadie se explica el porqué de tanta pobreza si en las familias trabajan desde niños hasta ancianos.

rados llegan al matrimonio mixto, algo visto de reojo pero tolerado, ya qué. Los empresarios agrícolas, esos sí de overol, emplean mexicanos y mexicanas como trabajadores indocumentados en horarios de semana inglesa.

En ambos lados hay caña y otros cultivos. La gente se ocupa a toda hora, y nadie se explica el porqué de tanta pobreza si en las familias trabajan desde niños hasta ancianos. El pequeño comercio se convierte en el recurso inmediato en el reino de la informalidad en canastos, bicicletas, triciclos, motos y camionetas improvisadas como fondas. Son imágenes de un contrasentido: prácticas clandestinas a plena luz, frente a mediomundo.

Del lado mexicano se localiza una docena de ejidos a lo largo de cien kilómetros en la ruta Chetumal –capital de Quintana Roo– hacia La Unión, última localidad del sur quintanarroense. Es la gran región de río Hondo, de recorridos verdes, no de bosque sino de caña, cuya producción se coloca como segundo sector económico estatal, después y a distancia del turismo. De ahí la fama del ingenio San Rafael Pucté; sus necesidades agroindustriales atraen a trabajadores locales, regionales y transfronterizos. Entre los empleos creados por la producción de azúcar, según estadísticas, están cerca de 1,500 vacantes para jornaleros agrícolas ocupados cada zafra por migrantes de Chiapas, Oaxaca, Veracruz, Tabasco, Campeche, Puebla y Guerrero, además de beliceños y otros centroamericanos. Decenas se han quedado a vivir aquí en las galeras desde hace más de 20 años, además de los huéspedes de ocasión. Cuando se pasa por sus campamentos “temporales” no se evitan las comparaciones con el pasado porfirista ni los campos agroindustriales del norte del país.



Manta colocada en la carretera rumbo a la frontera con Belice. Río Hondo, Quintana Roo, abril, 2010.

## Interacciones

La dinámica transfronteriza en esta esquina de suelo mexicano es intensa y está marcada por las inercias históricas subidas de tono al cambio del siglo XXI. Intercambios comerciales, familiares, educativos, deportivos, laborales y hasta religiosos se encadenan a una serie de prácticas hechas ya costumbre. Los trajines cotidianos son de beliceños y mexicanos. Como ruta de internación, esta frontera no es desconocida para los experimentados guatemaltecos. Y para los no tan novatos centroamericanos, los puntos de cruce se convirtieron en una opción en sus caminos clandestinos para pasar por México, poco se sabe si también es una alternativa a la violencia y las extorsiones padecidas en los trayectos al norte en eso que se ha llamado la frontera vertical.

Aquí “el monte” es el refugio de desamparados y fugitivos como lo ha sido siempre. Los frondosos árboles y su vegetación son resguardos naturales para quienes hacen una parada más en sus itinerarios nómadas, donde el punto internacional México-Belice es escala u horizonte de destinos inciertos. No sólo la dinámica migratoria hace de esta geografía un referente de las fuerzas globales; la intensidad de los intercambios a escalas familiares y comunitarias, y otros dentro y fuera de ley, trascienden el mero hecho de cruzar a cada segundo los límites. ☺

Martha García es investigadora del Área de Sociedad, Cultura y Salud, ECOSUR Chetumal (mgarciao@ecosur.mx).